

sar de tales esfuerzos no podrán alcanzar su laudable objeto. Mientras haya indios aborígenes habrá caza furtiva, y mientras la carne del ciervo se pague á tan alto precio no se cerrará la puerta á los deseos inmoderados del lucro.

En América se cazan venados al aguardo, que es el sistema más destructor; á la carrera, poco peligroso para los animales perseguidos, porque las jaurías americanas son bastante inferiores á las de Europa; y por medio del fuego, que es lo que llaman en el país *the fire light hunt, sport* muy cultivado entre la gente de buen tono.

La caza al aguardo en los Estados Unidos se convierte en una ocupación constante, casi en un oficio para los hombres que residen en las fronteras y que están dotados de toda la agilidad, de toda la paciencia y de toda la resistencia física que exigen esas lejanas correrías á través del país desierto que los venados han escogido como su último baluarte. El equipo del cazador americano consiste en una blusa de piel de gamo curtida, un pantalón ceñido de la misma piel, abotonado junto al tobillo; unos zapatos de tres suelas y un cinturón donde lleva colgado un cuerno de búfalo con la pólvora; una bolsa con las balas, y un cuchillo de monte. Va cubierto con una gorra de piel de rata, cuyo rabo cae hacia atrás á guisa de borla; lo cual, unido á la barba, da al hombre un aspecto inculto, muy parecido al de Robinsón en su isla desierta.

El cazador americano es diestro en la puntería y rara vez deja de acertar el tiro, lanzándose luego como un desenfundado sobre la res para despojarla de la piel, de la cabeza y de los jamones, únicas cosas que aprovecha, dejando el resto, como festín, á las aves de rapiña.

Durante los calores del estío, dirigen sus pasos los cazadores á la sombra de las selvas; en la primavera requieren su presa en las márgenes de los ríos, donde los venados se meten hasta el pescuezo para evitar las picaduras incesantes de los mosquitos; y en el invierno van á los claros del bosque, en que el musgo y las plantas trepadoras enlazan la corteza de los grandes árboles, porque allí acuden las reses en busca de la comida.

Algunos, aunque pocos, atraen á los animales imitando la brama de la cierva, y otros lo hacen con bastante éxito paseando en la punta de un palo la cabeza del venado, á la rasante de las hierbas que tapizan aquellas fértiles praderas, acudiendo los corzos inocentes hasta ponerse á tiro del rifle, que es el arma del país.

La caza á la carrera no difiere de la que en Europa se practica; pero la especialísima es la que se hace por medio del fuego en Texas, en Nuevo-Méjico y en toda la extensión territorial de los Estados Unidos.

Cuando los americanos quieren procurarse la delicia de matar muchos venados, por la noche se proveen de cierta cantidad de piñas, despojadas del fruto, y que, como es sabido, contienen mucha sustancia resinosa, y de unas cazuelas enormes de barro cocido que llevan los negros al lugar prefijado en el interior del bosque, que es por lo común un claro espacioso donde puedan tirarse las reses con comodidad. Una vez encendido el fuego, y puesto cada cual en su sitio, la llama ilumina los objetos más próximos, mientras que los lejanos permanecen ocultos en la densidad de las tinieblas.

A los pocos minutos aparecen dos puntos brillantes: son los ojos del venado, del corzo ó de la cierva, que, impelidos por la curiosidad, se aproximan sin recelo á la blanca luz que despide el foco luminoso. El chisporroteo de las piñas parece que les divierte, porque van acercándose insensiblemente, hasta que suena un tiro y cae el herido revolviéndose en las convulsiones de la agonía. Los demás huyen por lo pronto, pero no tardan en volver; y hay noches que pueden matarse hasta ocho ó diez venados, cuidando siempre de no hacer ruido y de que no falten piñas en la cazuela para que el fuego conserve una misma intensidad.

Los negros cargan con las reses muertas, cuya carne adoban en las plantaciones inmediatas, celebrándose con bromas y algazara un alegre almuerzo entre los nocturnos cazadores y los rancheros del país, nunca tan animados como cuando pueden mezclar la carne succulenta del ciervo de Virginia y el jugo licoroso que dió al traste con toda la seriedad y la reconocida importancia del patriarca Noé.

II

Así como el cielo tiene sus nubes, el tiempo sus revoluciones y los mares sus tormentas, así también la vida animal tiene periodos en que se enciende la llama del deseo, y en que el soplo generador y divino del amor inunda toda la existencia de los seres, enardeciendo sus pasiones y obligándoles por el deleite de la sensualidad á cumplir con la ley más inmutable de la naturaleza.



La caza de fuerza del venado

Si no se experimentaran los trasportes de esa poesía de los sentidos; si lo finito que muere no se mezclase con lo finito que nace; si no se sufriesen los tormentos de esa sed de goces materiales que estremece el alma y sacude el cuerpo, sed horrible que nos hace á veces arriesgar la vida para apagarla en las tranquilas aguas del apetito satisfecho; si no tuviésemos, por último, ánimo bastante para ir á coger esa flor preciosa con que el amor se compara, y que brota siempre en los

bordes de un espantoso precipicio; se habrían extinguido ya los pueblos y las familias, convirtiéndose la tierra en un erial sin luz, sin sombra y sin frescura. Pero Dios hizo del afecto la base de nuestro organismo; legitimó el amor de los sentidos por los preceptos divinos y humanos; y desde entonces se presenta periódica é infaliblemente esa ardiente calentura que tiene sus llamaradas como el volcán, sus hervideros como el cráter, sus desbordamientos como el de las



El ciervo en setiembre

lavas, y sus cenizas que representan el recuerdo de lo pasado y la desaparición efectiva de la fuerza.

Esa fiebre, instinto imperioso y espontáneo de la generación, se manifiesta con un desarrollo y un carácter especial de plenitud y de grandeza en el venado, señor arrogante de bosques y selvas, donde á principios de setiembre empieza á retumbar la voz imponente del que siente abrasadas las entrañas por el afán de fundirse con la hembra.

Estamos, pues, en plena época de *brama*, que es el nombre del estado fisiológico que se produce en los ciervos apenas han renovado y bruñido sus cuernos, como si por un refinamiento de coquetería no quisieran emprender aventuras hasta dar todo el realce á sus

naturales atractivos, llevando afiladas al propio tiempo las armas que han de usar en sus sangrientos combates.

Ya resuena por los campos su potente bramido; ya han salido del soto y requieren á sus compañeras por las espesuras del bosque. Hinchada la garganta y atirantado el cuello, andan inquietos y llenos de angustia; atraviesan en mitad del día la campiña y la llanura. Su cobardía natural se ha convertido en arrojo, y no les asusta ni les intima ya la presencia del hombre; apenas duermen; no se ocupan casi de alimentarse, y beben á la carrera sin detenerse más que el tiempo preciso. No tienen más que un deseo, un pensamiento y un objeto que los consumen y los esclavizan:



Un venado y una cierva

juntarse con la cierva, que al principio se espanta de un ardor tan salvaje; pero el macho la persigue, hasta que rendida de cansancio se decide al fin á esperarlo. El venado no disfruta seguidamente de su victoria, porque casi siempre sale á disputársela un rival altivo,

y entonces se empeña uno de esos combates que sólo se desenlazan con la muerte.

La pluma de los poetas no ha podido nunca describir con exactitud el cuadro tan hábilmente concebido en los notables grabados publicados en esta obra.

Para completar la vigorosa tonalidad del pensamiento falta, sin embargo, el rumor de las aguas de ese arroyo donde ríela la Luna, y cuya tranquilidad contrasta con la lucha de esos dos animales que se batan. Falta oír el bramido hueco y aterrador que sale de sus gargantas enronquecidas por la ira, el ruido del choque continuo, el de la esgrima de esos cuernos que sólo buscan carne para herir, y que á veces permanecen entrelazados después de muertos los que los sustentan, como testimonio de un odio y de un rencor que va más allá del último suspiro. Es indispensable ver, como nosotros hemos visto, los escorzos de aquellos cuerpos que se retuercen en la agonía y se revuelcan en la sangre, y oír los fuertes resoplidos del vencedor, y el bramido con que anuncia su triunfo á la hembra, sobre la que satisface al punto su deseo, á menos de que no sobrevenga otro competidor, al que acomete con furia más rabiosa que al primero. La cierva, entretanto, ha permanecido neutral, indiferente de todo punto, y sin que la sensibilidad propia de su sexo se revele por el rasgo más insignificante. Aguarda el resultado de la lucha sin emoción; se siente, sin duda, orgullosa de ser objeto y galardón de la pelea, y sin elección previa espera con calma al ciervo victorioso. No se entrega al macho, sino al héroe; cualquiera diría que el amor propio es en ella una pasión que eclipsa la de los placeres materiales.

El venado es tan ardiente como inconstante, y no está mucho tiempo en compañía de aquélla por quien riñe tan tremendas batallas. A los ocho ó diez días la abandona para buscar á otra, con la que está menos tiempo; y así va sucesivamente, hasta que se siente extenuado por completo, retirándose á las orillas de las selvas más feraces y cultivadas, donde descansa, reponiéndose de una fatiga que dura tres semanas, entre los meses de setiembre y octubre.

Loco, frenético, fuera de sí, y sin discernimiento bastante para evitar el peligro, se deja sorprender fácilmente cuando está en el período del celo, y de él se aprovechan los hombres para cazarlo á la brama, imitando la de la hembra con auxilio de un caracol. Estas cacerías se hacen en las noches de luna, revistiendo un carácter tan imponente por la hora, por los medios y por las circunstancias, que no es posible asistir á ellas sin sentirse impresionado por la solemnidad del espectáculo. Los cazadores se diseminan en medio del mayor silencio por entre los árboles del monte, que semejan vagos fantasmas; percíbense sonidos tenues y misteriosos á través de las hojas medio secas de los jarales; reina en los ámbitos esa medrosa calma que pre-

side siempre el sueño de la naturaleza, cuando de pronto se escucha, á lo lejos, la brama de las reses. Contesta el sonido del caracol, que las va poco á poco atrayendo á los puestos que ocupan los cazadores. Si los ciervos responden al reclamo, pero no entran, es preciso ir á buscarlos con mucha cautela, que en algunos casos no ha sido bastante á impedir una desgracia, ocasionada por equivocar el cazador la brama natural del ciervo con la fingida del caracol y tirar al hombre que le hace sonar, porque es imposible distinguir su forma entre una luz indecisa, y oculta como se halla en la espesura de las matas. Pero por fortuna son raras las veces que esto ocurre y en que tan fatal accidente viene á turbar los majestuosos goces de una montería nocturna, verdadero poema de la venación, al que sirven de prólogo esos tremendos combates, como el que hemos tratado de describir, y que con tanto realismo reproduce el cuadro perfecto que ofrecemos á nuestros lectores.

Si fuera posible que esos venados palpitaran, y que no oscureciesen los celajes el resplandor del astro que brilla en el cielo, antes de acabar de leer estas líneas veríamos salpicadas de sangre las plantas que tapizan el lugar de la pelea, y enrojecidas las aguas de ese claro arroyuelo, oyendo después juntos, como final del drama, los bramidos mezclados del vencedor y los de la cierva que ha sido testigo y premio de tan esforzada lucha.

III

Año de nieves, año de bienes, dice el adagio español; y es tan cierto, que en este nuestro clima, donde no son de excesiva duración, aprovechan, no sólo á los campos, á quienes benefician, porque todas se consumen en la tierra que cubren, sino que, por el pronto desarrollo de las hierbas, producen abundantes pastos á la caza.

El invierno de 1875 á 1876, que fué pródigo en nieves en toda la Península, hubo caza con exceso en casi todas las provincias, porque las hierbas fueron exuberantes y contribuyeron al fomento de la cría. Es cierto que en algunas localidades del norte, donde las nieves fueron excesivas y persistentes, la caza de la montaña tuvo que sufrir los efectos del hambre en los primeros días, hasta que los animales silvestres bajaron á los llanos, en los que, aun cuando cubiertos por las nieves, encontraban alimento en las hojas de las plantas que las tienen perennes.

La caza mayor se apoderó de los bosques en que había madroñeras, cornicabras y lentiscos, dejándolos desnudos, comiéndose hasta las yemas y ramitas más tiernas.

Uno de los grabados representa un grupo de venados que, abandonando los frondosos bosques de haya del Pirineo, se dirigen á los del llano en busca de un alimento que su país les niega. Son machos solos, sin las hembras ni las crías; señal evidente de que el hambre,

que hace á todos los seres egoístas, ha roto los lazos de unión que existen entre los individuos de su especie durante el invierno.

No sucede esto en los países en que las grandes nevadas son anuales y de larga duración. Allí los empleados de administrar los bosques están encargados de vigilar y fomentar la caza, y, por tanto, cuidan de que, á pesar de las nieves, no sufra hambre, dándole el alimento necesario á su sostenimiento en pesebreras



El sueño del cazador

instaladas en sitios excusados del bosque para la caza mayor, y en cebaderos para la menor.

Puede la nieve ocasionar grandes desastres en la caza, como aconteció en Francia en el invierno de 1880 á 1881; pero una sequía tan tenaz como la del otoño último y la presente primavera, no sólo impide que la cría se haga á tiempo, sino que la que llega en tales condiciones se desarrolla laboriosamente, resultando enteca, y los padres apenas pueden sostenerse.

Por último, durante esas grandes nevadas, según el artículo 21 de la ley, « toda caza queda terminantemente prohibida en los días de nieve y en los llamados

de fortuna, » porque, sin más que seguir las huellas, se matarían todos los animales á traición.

IV

El *sika* ó ciervo japonés (*cervus sika*) fué importado en 1860 por Mr. Wils, que envió una pareja á la Sociedad Zoológica de Londres. Éstos dieron muchas crías, que se han diseminado por toda Europa. La especie no es muy grande; mide menos de tres pies de crucero. El *sika* es de un bello color pardo, con manchas de pardo más claro, y tiene encima de la cola una